

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

LOS ESTADOS UNIDOS EN 1973 (2)

LA EMPRESA AMERICANA

Por primera vez, los Estados Unidos estaban «en el mundo» cuando yo los conocí. No «dentro de sí mismos», no haciéndose, sino ya hechos o, si se prefiere, haciéndose con los demás. Por eso empezó a haber propiamente política, que es siempre lo que se llama política «exterior» (lo demás es «administración», palabra significativamente tradicional en los Estados Unidos para referirse a lo que en otras partes se llama el gobierno). Los americanos no han tenido nunca una idea clara de la diferencia entre Estado y Gobierno; por lo general llaman «government» a lo que un europeo llamaría el Estado, y la palabra «state», poco usada (salvo en el nombre Department of State), significa primariamente cada uno de los Estados que componen la Unión. Ahora emplean mucho la palabra «system» para referirse al Estado concreto existente, el «Régimen».

No se olvide que después de la primera guerra mundial, los Estados Unidos, a pesar de haber inventado Wilson la Sociedad de Naciones, se apresuraron a retirarse de ella y meterse en casa. La Depresión de 1929, la «recuperación» de Roosevelt («National Recovery Act» significaban las tres famosas iniciales N.R.A.), el New Deal, todo eso era «interior», todo vino a robustecer la vocación de «domesticidad», de gran hogar aislado, de los americanos.

Desde 1945, esto ya no era posible. Ante todo, porque Europa no podía vivir por sí sola. Estaba social y moralmente quebrantada; económicamente arruinada, físicamente arrasada; la oriental, invadida y ocupada; la occidental, amenazada de seguir la misma suerte. Hay que recordar —porque no se recuerda— lo que era Europa hacia 1945 o 1950 —los jóvenes no tienen la menor idea de ello, porque nadie ha tenido interés en contárselo.

A esto tuvieron que acudir los Estados Unidos, en dos formas: la positiva y la defensiva. El símbolo de la primera fue el Plan Marshall, que devolvió a Europa lo que había perdido: su futuro. El que George Marshall no sea un héroe de nuestro tiempo, sino una figura casi olvidada, es de los hechos más sintomáticos de la situación en que vivimos. Por otra parte, los viejos ideales americanos de «anticolonialismo» —a veces un poco demagógicos y apresurados— empezaron a realizarse aprisa, aunque con sus contrapartidas en otros lugares: mientras Estonia, Letonia y Lituania eran nuevamente engullidas en la Unión Soviética (como lo habían sido en la Rusia zarista), con partes de Alemania y Polonia, mientras media Europa era segregada del resto y separada de él por el Telón de Acero y puesta en «protectorado», África se hacía independiente, poco después de que lo hubieran sido la India, Birmania, Indonesia.

Los Estados Unidos favorecieron todas estas independencias; trataron de contribuir, con ingentes cantidades, a la prosperidad de los países amigos, enemigos o ajenos; fomentaron con energía la unidad de Europa.

Estas fueron las «prioridades» americanas, con una expresión que aquí se usa mucho. Los Estados Unidos suelen atender a unos temas y desatender a otros; se ocupan de los que parecen «candentes» y descuidan los que no lo parecen —hasta que se ponen candentes—. La atención a Europa y África hizo que se olvidaran relativamente de Hispanoamérica, a la que Roosevelt había considerado activamente. Yo creo que los Estados Unidos «nunca» han actuado inteligentemente respecto a Hispanoamérica, no por los motivos que suelen suponerse, sino por uno muy sencillo pero muy grave: que siempre han olvidado (o desconocido) que la clave de bóveda histórica de Hispanoamérica es España, que no se puede entender a ese Continente «aparte de España», entre otras razones porque así se desvanece lo que tiene de unidad. Esto nunca se les ha ocurrido a los Estados Unidos, y mientras no se les ocurra, no dejarán de cometer errores, por buena que sea su voluntad (que no siempre lo es). Por ejemplo, nunca se les ha ocurrido poner en relación las vicisitudes políticas españolas con las hispanoamericanas, siempre han supuesto que «no tienen que ver» (conste que los españoles y los hispanoamericanos suelen pensar lo mismo, y así nos va a todos).

La amenaza soviética obligó a los Estados Unidos a la otra forma de actuación: la defensiva. Esta se planteó en términos de «guerra fría»; muy pronto —el símbolo podría ser John Foster Dulles— se articuló como «anticomunismo». Este ha sido el error más grave de los Estados Unidos en los últimos decenios, como muchas veces he explicado, por la razón de que todo «anti» es pasivo, parasitario, deja la iniciativa al adversario y engendra una actitud reactiva (y en alguna medida reaccionaria). Todo esto pasó con el «antifascismo» de los años 30 y volverá a pasar mientras las gentes se obstinan en «anti-ser» en vez de simplemente «ser», de una manera afirmativa y positiva, de la cual se seguirá secundariamente estar «en contra» de muchas cosas. Esto llevó a los Estados Unidos a apoyar a todos los que profesaban el «anticomunismo», aunque estuvieran a distancias astronómicas de aquello a favor de lo cual estaban los Estados Unidos, aunque fueran por lo menos tan adversos a este país y a lo que representa.

La culminación de este error, en su forma más aguda y dramática, fue la participación en la guerra de Vietnam, de la que he hablado largamente en mi libro. Los Estados Unidos no te-

nían más que perder, y es incalculable lo que han perdido —en vidas, en riqueza, en fuerza política, en prestigio, en concordia—. Sólo quiero añadir, ahora que la guerra ha terminado, una cosa. Nunca he comprendido cómo los Estados Unidos, hace varios años, cuando una enorme parte de la opinión americana veía la intervención como un error, no hicieron algo muy sencillo: lo siguiente. La tesis oficial americana era que se trataba de una agresión internacional, de Vietnam del Norte contra Vietnam del Sur, a la cual estaban moral y jurídicamente obligados a oponerse. Muchos pensaban —fuera y dentro de los Estados Unidos— que se trataba de una guerra civil en Vietnam, y que la participación americana a favor del Sur era una ilícita intervención. Pues bien, el Gobierno americano pudo haber sometido la cuestión a las Naciones Unidas para que decidieran si era una agresión internacional o una guerra civil; en el primer caso, hubieran debido intervenir las Naciones Unidas corporativamente en defensa del agredido; en el segundo caso, hubieran debido ordenar a los Estados Unidos la retirada, y ésta —con todas sus consecuencias— hubiera sido una decisión de la Organización Internacional. Repito que no comprendo por qué las cosas no pasaron así, pero cada día hay más cosas que no comprendo.

En todo caso, este fue el contenido sustancial de la empresa americana después de 1945 y, sobre todo, después de 1950: la reconstitución de Europa y su unidad, la defensa de la democracia, la descolonización, la extensión del «American way of life» (sin preguntarse en serio en qué medida era traducible, y en todo caso sin realizar efectivamente esa traducción).

El catálogo de los errores americanos es largo y fácil de hacer. Pero hay que completarlo con un experimento mental: quitar los Estados Unidos del escenario posterior a la guerra mundial, imaginar que hubiesen sido y se hubiesen comportado como los demás países (o como en cualquier otra época los países que han ejercido la hegemonía). Imagínese cómo estaría el mundo. Cuando estaba yo en una prisión, pocos meses después de terminar la guerra civil española, un compañero de involuntario alojamiento me dijo: «La culpa de todo esto la tiene Besteiro. Estoy aquí por su culpa». Yo le contesté: «Tiene usted razón: sin él estaría usted dando geranios».

Julián MARIAS

DÓNDE Y CÓMO LITERATURA DE HOTEL

CUANDO se habla de «literatura» casi nunca se tiene en cuenta este detalle: ¿dónde y cómo se ha escrito tal poema, aquella novela, el drama o el artículo de más allá? Bien mirado, puede que la cosa influya lo suyo en el tono, el carácter, incluso en el estilo del papel. Y aunque así no fuera, siempre echa una cierta luz sobre su textura de sentido el saber las circunstancias anecdóticas de su elaboración. Probablemente, la mayoría de los escritores actuales trabajan en su domicilio, mejor o peor acomodados, entre libros y carpetas. Hubo un tiempo, y no muy lejano, en que no pocos literatos preferían la mesa de un café, y hasta se dice de algunos que necesitaban para «inspirarse» —concentrarse— el rumor de las conversaciones y el tintineo de las cucharillas. Al parecer, el «Quijote» empezó a ser redactado en una cárcel: la cárcel, en efecto, es un sitio tradicional en la manufactura literaria, de Boecio o Villon a Dostoievski o Wilde, y más. En la época de predominio clerical, las celdas de convento dieron mucho de sí... Pero ¿dónde y cómo, por ejemplo, escribió Shakespeare sus prestigiosos dramas? ¿O Garcilaso sus poemas? ¿O Rabelais sus carcajadas?...

Las habitaciones de hotel, según parece, han dado lugar a grandes cantidades de literatura. Josep Pla confiesa haber escrito mucho, miles de páginas tal vez, en estos aposentos de transeúnte. Azorín, Baroja, también lo hicieron, en sus idas y venidas por Castilla, en sus meses de exilio. Y Unamuno. ¿No fue Paul Morand un autor precisamente especializado en experiencias hoteleras?... Ciertamente sería un error generalizar demasiado. Sospecho que los hoteles de Morand serían más bien «de primera», mientras que los hombres de la «generación del

98», al visitar la Mancha, se contentaron con posadas deprimentes, y Pla frecuentó pensiones pintorescas y azarosas albergues —subalternos (le recuerdo, un par de veces, en mi pueblo...). Pero algo en común cabe imaginar para tales situaciones: la sensación de provisionalidad. Por muy confortable que fuese la «suite» que ocupase, Morand estaba en ella «de paso». ¿Se puede escribir así? La pregunta es tonta, por supuesto, porque así ha escrito mucha gente, y muy bien, a menudo. No pocos «libros de viaje» —pienso en seguida en el «Journal» de Montaigne, tan encantador, que narra su peregrinación por balnearios franceses, suizos e italianos— nacieron y crecieron «in situ»...

La apariencia primera es que, para el escritor, lo más importante tendría que ser un espacio propio y tranquilo, regular hasta la rutina, fijo, en cuyo ambiente pueda recogerse y rumiar. En el fondo, algo de eso hay, ya que incluso los más aficionados a la trashumancia acaban por radicarse en alguna parte, y no digamos ya lo que supone el ideal de sedentarismo para los demás. La calma, la oportunidad de acercarse a la estantería con libros y sacar uno de consulta, las cien pequeñas confianzas habituales que proporciona la casa de uno, su horario libre, permiten ejercer el oficio con mejores precauciones. Lo cual, insisto, no significa ninguna garantía de nada. ¿Por qué descartar la hipótesis de un «Macbeth» o un «Romeo y Julieta» confeccionados en entreactos, tabernas y ventas de mal abrigo, si proceden de la mano del comediante Shakespeare? ¿No contaría Garcilaso las sílabas de alguna de sus églogas, en un rincón de campamento, mientras hacía su guardia? ¿En qué cuchitril escondido, en qué increíbles cubiles prosperó el «Gar-

gantúa» del fugitivo Rabelais? El resultado no admite regateos. Y sin embargo... Personalmente, cuando me veo obligado a escribir fuera de mi ambiente doméstico, apenas sé arreglármelas.

Reflexiono acerca de estas ingenuas banalidades desde el cuarto de un triste hotel italiano, frente a un armario ropero miserable, sentado en la cama. Creo que mi perplejidad sería la misma, si hubiese ido a parar a una cámara lujosa y emperifollada. Me siento desplazado: lo estoy, en definitiva. Y el bolígrafo se me resiste. Tengo costumbre de escribir a máquina, y no en cualquier máquina, sino en una vieja y resabiada Olivetti de mi propiedad. Otras telas que las suyas me despistan, y confundo las letras o pongo los acentos donde no debo. Con el bolígrafo no llevo a escribir más que alguna que otra carta, y no excesivamente larga: mi caligrafía peca de confusa, además. Ahora lo veo más claro que nunca. Este papel tiene que ser, por necesidad, distinto a cualquiera de los que haya publicado aquí. En una habitación de hotel, y según a qué horas —el resto de la clientela está durmiendo con admirable paz de espíritu, a juzgar por los ronquidos que atraviesan los tabiques—, no se puede usar una máquina de escribir. Tanto da, en última instancia, para pasar el rato, que es el «quod erat demonstrandum», y valga el latinajo. De todos modos, no logro evitar un punto de inquietud...

Miro el bolígrafo entre mis dedos, y vacilo. No; no es lo mismo escribir a mano que escribir a máquina. Como tampoco es lo mismo, escribiendo a mano, escribir con el antiguo portaplumas, con estilográfica o con bolígrafo. Ni es lo mismo escribir que dictar. El medio «material» que en cada caso se emplee condiciona

la redacción: «su aire, su «tempo», quizá su sintaxis. No sé si alguien se ha dedicado ya a rastrear estas posibilidades de matiz. Los eruditos sí han apuntado pistas curiosas, relacionadas con el «dictado», respecto a obras medievales: el ritmo de la frase, el giro del concepto o de la narración, tenían que ser muy distintos cuando procedían de la elocución viva; ceñidos a la pluma y por la pluma adoptaban un «cursus» muy circunspecto, calculado. No será tan difícil detectar las diferencias en los casos del portaplumas, de la estilográfica, de la máquina. Sin hablar del estilete o de la pluma de ganso. Pero algo hay en la consecuencia literaria final que podría atribuirse al «medio». McLuhan ha sido muy agudo en no pocas observaciones en torno a otros «medios»: los del consumo de la cultura (manuscrito, tipografía, televisión). Los modestos y ocultos medios de escribir —el papel o el papiro, el bolígrafo o la máquina, el candil o el flexo— también deciden.

O me lo parece a mí. No creo que la prosa de Balzac o de Dickens sea compatible con la máquina de escribir. Ni siquiera se avienen con la estilográfica. Sólo se explican con y por el sistema de la pluma que hay que mojar en el rintero cada dos por tres... No sé, no sé... En realidad, nunca se me había ocurrido plantearme el problema. Sólo ahora, ante la precariedad de mi bolígrafo, y en medio de este cuarto de hotel de pueblo, con un melancólico vaso de agua mineral a mi lado, me asalta la perplejidad. Se trata de un tiquismiquis profesional y pesimista, sin mayor alcance. Pero no puedo elucirlo. Ustedes perdonen.

Joan FUSTER

Perpiñá
Rda. Universidad, 21 y Rda. San Pablo, 4-6 y 8 TELS. 242 17 35 - 222 18 95

LAVADORAS SUPERAUTOMATICAS
por sólo **7.777 ptas.**

Dtos. garantizados desde un 25% a un 45% **400 ptas. al mes**

1.ª marcas - MIELE - ZANUSSI - CROLLS - BRU - INDESIT - NEW-POOL - KELVINATOR - ASPES - A.E.G. - FAGOR etc.

Más barato NO lo encontrará. Facilidades de pago.

CANARIAS
1 SEMANA
DESDE 6.125 Pts.
VIAJES CONDE VERGARA, 3
TEL. 221 80 74

SORDO

La fatiga cerebral y nerviosa a causa de un aparato inadecuado, se convertirá en tranquilidad cuando el audífono sea debidamente aplicado por el AUDIÓLOGO profesional. Gabinete Auditivo Científico SERVISORD. es el único reconocido en su especialidad AUDIÓ-FONOLOGICA. Balmes, 193. Teléfono 217-46-46. Barcelona

SU CHALET EN AIGUAFREDA
por 5.000 ptas. al mes

GRUPO ROSELL TURISTICAS PROGRESS
Aragón, 349 - T. 258 91 04

SOLICITE INFORMACION

Nombre _____
Dirección _____
Población _____ Tel. _____

Mollet Figaró AIGUAFREDA
BARCELONA Granollers PROGRESS